

¡Como que Daoiz y Velarde *tiraban á dar!*

El conde de Toreno, concordando con los cálculos hechos por personas bien informadas, de los antecedentes que al efecto se consultaron, y por el número de los imperiales que ingresaron en los hospitales, dice que la pérdida de los franceses en aquel día fué de 1,500 hombres.

Si fuéramos á guiarnos por el Consejo de Castilla en este punto, la nuestra sería exígua.

Véase el estado que publicó, y con el cual, fundados en razones muy poderosas, no podemos estar conformes:

CUARTELES.	MUERTOS.	HERIDOS.	EXTRAVIADOS.
San Francisco. . . . .	10	8	»
Maravillas. . . . .	16	12	»
Lavapiés. . . . .	1	7	25
Afligidos. . . . .	10	1	4
Palacio. . . . .	10	1	»
Barquillo. . . . .	7	3	4
San Martín. . . . .	8	3	»
San Isidro. . . . .	14	5	1
Plaza Mayor. . . . .	13	12	1
San Gerónimo. . . . .	13	2	»
	<u>104</u>	<u>54</u>	<u>35</u>

Hé aquí el cálculo hecho sobre las pérdidas de los franceses, aun cuando hay autores que le hacen subir á más:

CUARTELES.	MUERTOS.	HERIDOS.	EXTRAVIADOS.
San Francisco. . . . .	15	11	10
Maravillas. . . . .	1,063 (1)	296	95
Lavapiés. . . . .	31	13	4
Afligidos. . . . .	92	20	9
Palacio. . . . .	44	10	9
Barquillo. . . . .	100	15	24
San Martín. . . . .	107	83	71
San Isidro. . . . .	26	4	7
Plaza Mayor. . . . .	84	13	10
San Gerónimo. . . . .	122	30	12
	<u>1,684</u>	<u>495</u>	<u>251</u>

(1) Por el relato que ya hicimos de los sucesos, nuestros lectores comprenderán que de una y de otra parte debieron ser más numerosas las pérdidas.

En resúmen, la cifra de pérdidas ocasionadas á los franceses, arroja un total de

Muertos. . . . .	1,684
Heridos. . . . .	495
Extraviados. . . . .	251
	<hr/>
	2,430

ESPAÑOLES.	
Muertos. . . . .	104
Heridos. . . . .	54
Extraviados. . . . .	35
	<hr/>
	193

*Diferencia contra los franceses.* . . . 2,237 (segun los estados anteriores).

Acerca de estos cálculos, se nos ocurren algunas muy justas reflexiones aclaratorias.

Por lo que toca á los franceses, el cálculo de los 2,430 hombres perdidos, entre muertos, heridos y extraviados, no ofrece lugar á duda, y antes por el contrario, á la vista salta una notable proporción, que vamos á demostrar muy fácilmente.

Téngase primero en cuenta el número de cada uno de los respectivos barrios de Maravillas, San Gerónimo, Barquillo y San Martín.

En todos estos puntos el combate fué más encarnizado que en parte alguna.

El entonces denominado cuartel de San Gerónimo fué, despues de la corta lucha habida en la plazuela de Palacio, el que mayor resistencia oponia.

Aquí el número de pérdidas es, respecto de los franceses, de 122.

En el mismo cuartel perdieron los españoles 18 hombres.

Algo de equivocacion debe haber en esto; pero guarda consonancia con la proporción tomada bajo el tipo general.

Viniendo al Parque, dicha proporción varía.

La resistencia en aquella situacion estuvo más bien organizada.

Por tanto, las pérdidas entre franceses y españoles, al ser más numerosas, prueban la más exacta proporcion respecto de los primeros; y aunque tememos que de los nuestros han debido perecer más, sin embargo, parece venir á desvanecer nuestros escrúpulos el recuerdo de que en el Parque se batian generalmente á cubierto los españoles.

Tal vez la confusion de aquel terrible dia no permitió formar con toda la exactitud debida estos cálculos; pero lo que no debemos dudar, bajo concepto alguno, es que los españoles vendieron en aquella ocasion tan caras sus vidas, que los mismos franceses, á pesar de su despecho, han confesado, mal de su grado, que por cada madrileño muerto ó herido sucumbieron seis de los suyos.

Para esto no podemos fiarnos en los partes comunicados por Joaquin Murat á su cuñado el Emperador.

El generalísimo francés habia tenido un interés pueril en ocultar una gran parte del descalabro sufrido.

Verdad es, y en esto damos una prueba de nuestro sentido imparcial, que tambien la España pagó con este motivo su tributo á la vanidad.

Si el Consejo de Castilla se atrevió á decir tan formalmente, que de españoles muertos, heridos y extraviados, no habian resultado sino ciento y pico de hombres, nosotros tenemos buenas razones para dudar.

En buen hora que lo que fué verdaderamente lucha no nos hubiese costado más pérdidas que las que con tan buena fé menciona el citado Consejo de Castilla.

Pero ¿y los fusilamientos? ¿Se han tenido en cuenta, se ha pretendido incluir en esta cifra, bastante exagerada, las víctimas inmoladas durante el lúgubre curso de todo

aquel día, de la noche y madrugada terribles que le siguieron, y durante cuyo espacio no cesaron los vecinos de Madrid de oír el eco del cañon francés y las descargas de su fusilería?

Pues segun todos los datos que nosotros hemos podido revisar para la confeccion de esta obra, las personas fusiladas en el Prado solamente, ascendieron á muy cerca de 200.

Triste es que por punto general hayan las autoridades rodeado de necias pterilidades las páginas más brillantes de la historia del pueblo, cuando verdaderamente para nada se necesita amenguar las terribles pérdidas que nos ocasionaron aquellas memorables jornadas.

Hubieran especificado al ménos el concepto de las pérdidas enunciadas, y podrian demostrar, como nosotros tenemos por seguro, que la lucha en realidad fué para el pueblo de Madrid ventajosa, contra todas las condiciones de su falta de armamento y de organizacion.

Con fundarse despues en las masas del pueblo, que bárbaramente inmolaron los soldados de Murat, demostrábase á la vez el valor y la fuerza de los madrileños, y la osadía, la bajeza, la falta de humanidad de que dieron hartas pruebas sus enemigos.

Entretanto que Eugenia habia corrido desalada con el intento de salvar á su anciano padre, su hija, la pobre María, recobrada á duras penas de sus hondas emociones, se quedó mirando con interrogadores ojos á su antiguo amigo el valeroso Maestro.

Parecia querer hacerle una pregunta, y que al mismo tiempo temia una contestacion desagradable.

El Maestro lo comprendió desde luego, y aunque dis-



puesto acaso á satisfacer á María, dijo procurando eludir por entonces la revelacion del suceso que indudablemente venia encargado de comunicar:

—Diga Vd., María, segun he podido comprender, esa señora que acaba de salir de aquí es...

—¡Mi madre, amigo, mi madre!—respondió la jóven.

—Lo presumia,—respondió el Maestro;—pero ¿y cómo es que el señorito D. Enrique no me habia hablado nada acerca de ella, cuando me encargó venir aquí?

La pregunta del Maestro fué un paso dado en falso.

María, en lugar de responder, preguntó:

—Pero ¿y no me dice Vd. nada de Utrera?

El Maestro se sintió desconcertado.

—¿Por qué no ha venido el mismo?—volvió á preguntar la jóven.

El viejo artesano balbuceó algunas excusas, que vinieron á aumentar los temores de la niña.

—¡Qué!—exclamó esta,—¿le ha sucedido alguna desgracia? Responda Vd., por Dios, responda Vd. pronto.

El Maestro se repuso, y viendo que no habia otro recurso que ser franco, dijo á la niña:

—¿Quién habla aquí de desgracia? D. Enrique está tan vivo como yo y como Vd.

—Pues entonces, ¿por qué no viene?

—Eso consiste en que ha tenido que irse á su casa, á tranquilizar á su pobre madre, que milagrosamente se ha salvado de la tremolina que allí hubo.

El Maestro mentia.

Utrera habia tomado desde la víspera sus precauciones, haciendo que su anciana madre variase de habitacion, trasladándose á la casa de una familia conocida, que habitaba en una de las calles más apartadas de Madrid.

María, que no conoció al principio que el buen artesano mentía, preguntó con la mejor buena fé del mundo:

—¿Que se ha salvado?... ¿de qué? ¿No se habia trasladado su madre á una casa de la calle de Fúcar? Ayer me lo dijo Utrera, y no sé que allí pueda haber habido desgracias como en la Puerta del Sol.

El Maestro volvió á desconcertarse; pero esta vez de un modo que María observó su turbacion.

El pobre hombre se habia visto precisado á mentir, y esto para él, que no sabia hacerlo, fué un lazo en que él mismo se enredó sin saberlo.

—Qué, ¿no me responde Vd.?—preguntó María con una exaltacion y un temor, que para el buen artesano, que conocia lo que en punto á mujeres significaba el miedo, temió que iba á ser objeto de un asedio.

—¡Tranquílese!—respondió, reponiéndose á duras penas;—si es Vd. una muchacha formal y juiciosa como siempre lo ha sido, le diré la verdad.

—¡La verdad!... explíquese Vd., amigo mio, explíquese Vd. pronto, pronto, ¡por Dios!

El Maestro no acertaba á empezar.

Ni aun respirar le dejaba María.

—Si no se calma Vd., María, no empezaré nunca,—dijo.

Y dió á su voz un acento tal de firmeza, que María se esforzó por aparentar una calma, que distaba mucho de tener en realidad.

—Ya estoy tranquila,—dijo.

El Maestro se sonrió tristemente.

Le encantaba la ingenuidad de aquella hermosa jóven, á la cual conocia desde niña, y temia revelarla que Utrera se encontraba herido en una casa extraña de la plaza de San Ildefonso.

A través de mil peligros y dificultades, cuando le sacó en brazos fuera del Parque, pudo conducirlo hasta verlo en salvo.

El mismo Utrera le había encargado dijese su situación á María, tomando para ello sus precauciones, á fin de evitarla parte del dolor que debia causarla semejante desgraciada noticia.

Franco y resuelto el Maestro hasta dejárselo de sobra, como vulgarmente se dice, la mision delicada que se le habia confiado era muy superior á sus fuerzas.

Como hombre templado, de valor á prueba, no tenia precio el noble artesano.

Hartas pruebas habia dado de él, y si no habia perecido como otros muchos, á la fortuna lo debia, no á las precauciones que tan lejos habia estado de guardar.

Pero como embajador, como portador de una mision que requiriese de su parte alguna astucia, ya lo hemos visto, era hombre al agua.

—Pues bien, María,—dijo,—D. Enrique no ha podido venir, por la misma razon de haberme enviado á decirle lo que sé y Vd. comprenderá.

—¡Sea Vd. franco de una vez!—exclamó María, viendo la ambigüedad conque aun se expresaba el Maestro.

Este continuó:

—Vd. ya sabe donde él ha estado...

—No, no lo sé; pero presumo...

—Connigo, primero, en la plaza de Palacio; despues en la Puerta del Sol, y luego en el Parque de Artillería, en donde se armó la de Dios es Cristo...

—¿Y luego?

—Luego, aquello acabó mal...

—¡Dios mio!... ¿y Enrique?

—Salió conmigo de allí.

—¿Libre?

—Como yo lo estoy, ni más ni ménos.

—¿Pues entonces?...

—Una sola diferencia ha habido...

—¿Qué?

—Que él no ha podido andar tan ligeramente como yo: he tenido que darle el brazo, y aun hacer algo mas...

—¿Luego está herido!

—Sí, una maldita bala.

María dió un grito.

—¡Dios mio! ¡Dios mio!—exclamó;—¡dos desgracias en un solo dia! ¡mi abuelo preso, y Enrique herido!

Y rompió á llorar.

El artesano se sintió conmovido, y no sabia qué hacerse.

Sin embargo, trató de consolar á la infeliz niña.

—No es para afligirse tanto,—dijo;—la herida no ofrece cuidado: ha penetrado la bala en el muslo izquierdo; pero á estas horas ya se le ha extraído, y mucho es ya que con el génio de su novio no le dé la humorada de salir por ahí, cojeando como es natural.

Las razones del buen viejo dieron algun ánimo á María.

Alzó su hermosa cabeza, y miró al Maestro.

—¿Es verdad lo que Vd. dice?—preguntó.

—¿Qué ha de ser verdad, María?

—Que no es grave la herida de Utrera.

—Si no basta mi palabra, lo juro. ¿Quiere Vd. más?

—No, amigo mio, no; y perdone Vd. que le mortifique con mis temores... ¡Si supiese Vd. cuánto sufro!

—Pues pecho al agua; es preciso tener más valor.

—¿Y cómo?

—Haciendo frente á las circunstancias.

—Mi anciano y cariñoso abuelo está preso...

—Ya saldrá, María, saldrá al fin.

—Pero entre tanto, sufre. Además, ¿no dicen que los franceses fusilan sin piedad á cuantos cogen?

—Eso dicen, María...

—Y si le sucede á él otro tanto, ¡Dios mio!

—¿A quién?

—A mi abuelo.

—Descanse Vd., María; respetarán sus canas. Además, su madre de Vd. le salvará: la hemos visto muy decidida...

—Sí; pero falta saber si la escucharán...

—Ahí verá Vd.: yo creo que la escucharán, y algo mas.

—¿Pues cómo?...

—Esa señora, segun creo haber oido alguna vez al señorito Utrera,—me parece que no hace de esto muchos días,—ha tenido relaciones íntimas con los franceses...

—¡Tambien creo yo lo mismo!—respondió María, dejando escapar una exclamacion de alegre sorpresa.

Con efecto, no dudaba que su madre habia sido aliada, digámoslo así, de los franceses, durante el tiempo de sus amores con el baron del Pino.

La pobre jóven, abatida, preocupada con sus penas, habia olvidado en los primeros momentos esta circunstancia, y habia visto partir á su madre sin pensar siquiera en las más ó ménos probabilidades del éxito que pudiese obtener el paso que intentaba dar.

Por lo tanto, la observacion del Maestro hizo descender á su corazon un rayo de esperanza.

—¡Si fuese posible!—exclamó.

—¡Lo será!—afirmó el artesano, deseoso de alimentar la reciente esperanza de María.

De este modo, hablando de estas y otras cosas análogas, trascurrió una hora más.

Eugenia no volvía.

Era la primera vez que María, la que tanto la había aborrecido y temido, esperaba á su madre con ansiedad verdadera.

¡Oh! si Eugenia hubiera podido oír á su hija invocar su nombre repetidas veces, desear su llegada... tal vez se hubiese sentido resarcida en parte de los dolores y penas que la aquejaban terriblemente.

¡Pero en qué circunstancias tan terribles ganaba el corazón de la jóven, al cual había renunciado durante tantos años!

Además, al regresar de la prision, traía sobre su conciencia lo que aun la faltaba: el desprecio público, y la maldicieu más pública de su padre.

## CAPITULO XLVI.

La autoridad delira, y la desolacion de Madrid crece.

Cada paso en el camino emprendido por una y otra parte, era una nueva calamidad que se levantaba sobre las muchas que ya lamentaba el pueblo.

El Consejo Real, prestando una indigna sancion á los actos del usurpador, como si presintiera ya lo que debia pasar en lo porvenir, y se dispusiese á levantar el trono del futuro Pepe Botella, publicó sin rebozo el infucio bando que ya hemos dado á conocer.

Muchas veces hemos tenido que vencer á nuestra repugnancia, al ocuparnos por igual de las necedades y de las bajezas cometidas por los hombres funestos que en tan calamitosas circunstancias estaban encargados de regir los destinos de la nacion; y en lo poco que ya nos resta, no deja de disgustarnos la necesidad en que nos coloca la imparcial historia de referir otros hechos semejantes.

No era ya preciso vernos expuestos á la perfidia de un enemigo poderoso, sino que tambien las entidades que al-



go podian, ó deberian poder, no perdian coyuntura ni circunstancia en que Napoleon y sus secuaces no adelantáran á pasos agigantados por el camino que debia conducir al coloso de Córcega á su infalible desgracia, pero tambien á sumir la Península en una asoladora guerra de muchos años; guerra que si costó á Francia, como á su tiempo se demostrará, más de 400,000 hombres y la ruina de su imperio, tambien costó á los españoles grandes sacrificios de sangre y de recursos, y más tarde la miseria, la tiranía, la reaccion y el embrutecimiento.

Joaquin Murat, despues de dictar cien horribles disposiciones, encaminadas á tomar venganza contra los habitantes de la capital de España, obteniendo un perfecto acuerdo en todo de las autoridades nacionales,—así queremos llamarlas,—se dispuso «á humillar, como él decia, la arrogancia castellana.»

Al efecto, no bastándole el que ya habia dado, preparaba nuevos espectáculos conque debia obtener para su nombre una funesta celebridad.

Las últimas luces de aquel dia de luto y desolacion abandonaban ya al cielo de Madrid.

Al rumor, á la agitacion, sucedió con la noche una calma muy parecida á la de los sepulcros.

Madrid no tenia gobierno que le guiára, ni mucho menos protegiera.

Pero en cambio, la muerte habia establecido su imperio dentro de sus muros.

Las familias permanecieron aterrorizadas dentro de sus habitaciones, unas llorando la pérdida de alguno de sus individuos, otras luchando con el azar, con la duda de la desgracia que en aquellos momentos arrostraban el padre ó el hijo ausentes.

Si unos cuantos aun confiaban en que la noche pondria fin á tantas escenas de horror, la gran generalidad no se engañaba en sus presentimientos.

Decíase que en diferentes puntos habia detenidos numerosos prisioneros, y que el general francés habia dispuesto fusilar una gran parte aquella misma noche.

Y decian bien.

Murat se habia propuesto alcanzar el desquite.

Pero ¿por qué medios!

Vergüenza dá confesar que ciertos hombres han pertenecido á la especie humana.

El memorable cuñado del primer Bonaparte, por sus sentimientos crueles, era la afrenta de la humanidad.

Al anochecer de aquel dia, este hombre perverso, acompañado de sus generales y de una gran escolta, se dirigió al local que ocupaba la Junta de Gobierno.

Esta se hallaba reunida y deliberando á la sazón.

Presidíala el anciano Gil y Lemus.

El terror parecia pesar sobre todos como una montaña de plomo, y la confusion en las deliberaciones era general.

Unicamente Gil y Lemus, á pesar de su edad, daba allí pruebas de energía y de carácter.

Las escenas del dia le tenian lleno de indignacion.

Murat, con sus exigencias, habia hecho imposible la permanencia en aquel débil Consejo del digno anciano; porque ni su voz ni su voto tenian fuerza contra la mayoría de sus compañeros.

Pero en el momento de que vamos á ocuparnos, el único que allí podia tener verdaderamente conciencia, se hallaba tambien consternado.

Acababa de leer á la Junta una carta del infante don Antonio Pascual.

Nuestros lectores saben muy bien que Fernando VII, al emprender su desatentado viaje á Bayona, dejó á su tío el infante encargado de presidir la Junta de Gobierno en su ausencia.

Pues bien; el buen infante era en dicho puesto una nulidad absoluta.

Fernando no pudo confiar á peores manos, ni á cabeza más hueca, tan importante misión.

¡A quién se le ocurría hacer de un hombre tan apacible un hombre de gobierno, y mucho ménos dejando á la nación, como la dejaba, en situación tan azarosa!

Hasta en dar este desacertado paso debió Fernando VII seguir las inspiraciones del célebre Escoiquiz.

Lo que vamos á referir viene en apoyo nuestro.

Alejada ya toda la familia real de España, lo único que á Joaquin Murat embarazaba, era la presencia del susodicho infante, muy en particular por el carácter de que se hallaba investido.

El duque de Berg trató de deshacerse de él como de los demás, y aprovechó para ello la ocasion que le ofrecia aquel día, en que tan descarada y decididamente habia arrojado la máscara conque hasta entonces se cubriera, haciendo el falso papel de *amigo y aliado*.

No se detuvo ya en consideraciones.

Para proceder con gentes tan débiles, no necesitaba en manera alguna guardarlas.

Fué, pues, derecho á su objeto.

Un general suyo se habia presentado al infante y le dijo verbalmente, que el gran duque de Berg y de Cleves le mandaba á nombre del Emperador, que en el término más breve dejase su cargo en la Junta de Gobierno y á Madrid, encaminándose á Bayona, en donde ya se encontraba Cár-

los IV con su esposa, y Fernando, á quien no se trataba ya como rey.

El pobre infante se quedó como el que vé tinieblas.

Semejante pretension era incomprensible.

Pero tambien no comprendió más.

Dijo que lo comunicaría á la Junta aquella noche.

Y con efecto, en la carta de él que acababa de leer el anciano Gil, manifestaba terminantemente la necesidad que tenia y la determinacion que habia tomado de renunciar á la presidencia, la cual, decia, ofrecia grandes peligros para su persona, y encaminarse luego, inmediatamente, al encuentro de sus hermanos.

Semejante carta habia producido el asombro que es de inferir; pues aunque realmente de nada les servia el infante para el despacho y direccion de los tan mal dirigidos negocios, sin embargo, era una especie de pretexto, por la autoridad que le adornaba, para tenerlo delante de sí, si no como escudo, como pantalla.

Como de este incidente no nos hemos de volver á ocupar, debemos anticipar aquí, que á pesar de las gestiones de algunos miembros de la Junta, y cediendo á las activas y amenazadoras exigencias del general francés, el infante D. Antonio Pascual no cejó en su propósito de atravesar el Pirineo; un dia despues, remitia á la misma Junta de Gobierno esta otra singularísima é incalificable carta.

Es curiosa.

Dejamos á nuestros lectores que la saboreen.

Decia así:

«A la Junta, para su gobierno, la pongo en su noticia, como me he marchado á Bayona de orden del rey, y digo á dicha Junta, que ella sigue en los mismos términos como

*si yo estuviese en ella. Adios, señores, hasta el valle de Josafat.*—ANTONIO PASCUAL.—Al señor Gil.»

¡Oh! la historia ha sido cruel al conservar este documento, en que no se sabe qué cosa es peor: si la falta absoluta de sindéresis que revela en él D. Antonio Pascual, ó el tono profético conque, echándola de político, parece presagiar graves trastornos, á cuyo efecto se despide de sus compañeros de gobierno *hasta el valle de Josafat*, esto es, *hasta Bayona*.

Porque no es imaginable creyese el pobre hombre que Napoleon le destinase á desempeñar un ruidoso papel en su político juego.

La primera carta de que hicimos referencia, dejó ver claramente á los individuos de la Junta de Gobierno, que Murat habia ejercido presion en el ánimo y en la voluntad fácil de D. Antonio Pascual.

El primer momento despues de la lectura fué de ansiedad y de duda para todos, y muy principalmente para el anciano Gil.

Este se habia expresado en el sentido de impedir al infante su viaje, precisamente en aquellos aciagos dias que tan nebulosos se presentaban.

Varios de sus compañeros no fueron de la misma opinion, y esta disidencia dió lugar á un acalorado é inútil debate en el seno de dicha Junta.

Y en parte, los que alegaban razones contrarias á las de Gil, tenian razon.

¿De qué serviría entre ellos el infante?

De mucho ménos aun que la misma Junta, con bien raras excepciones; y con esto está dicho todo.

En lo más acalorado de la discusion, vieron llegar inopinadamente á Joaquin Murat.

Con su presencia casi todos se sobrecogieron.

El duque de Berg les imponía.

Unicamente Gil no se inmutó por su llegada.

Cuando Murat acabó de saludarles con aquel ademán tan altanero que le distinguía, el anciano Gil se dirigió á él.

—Gran duque,—dijo,—la Junta de Gobierno se halla en un grave conflicto con la inesperada ida á Bayona que proyecta el infante D. Antonio Pascual, su presidente nombrado por el rey.

Murat fingió que se sorprendía.

Pero Gil no le creyó, como no debía creer nadie en las afectaciones y en la falsa política del cuñado de Napoleon; así es que añadió con una resolución increíble á sus años, y en aquel momento en que tantas defecciones se veían, y tantas apostasías y traiciones se preparaban:

—Sí,—dijo,—pero es el caso que la Junta debe oponerse, y se opondrá á su salida.

Esta vez la fisonomía de Murat varió súbitamente.

Las palabras de Gil le habían hecho mal efecto.

Los hombres enérgicos desconcertaban siempre al duque de Berg y de Cleves.

Y consistía en que estaba avezado á tratar mansas ovejas, y no hombres.

Pero despues del desconcierto, despues de medir en toda su extension el dicho de Gil, sintió un acceso de ira.

Iba dispuesto á disimular, pero no pudo.

El anciano le abordaba de frente.

Murat, sin embargo, tenía á su favor muchas circunstancias que le hacían doblemente fuerte.

Seguro como estaba de la adhesion de la mayor parte de los individuos que componían la Junta, casi no le era



preciso ya recordar el número y el poder de las tropas que tenia francamente dispuestas á apoyar sus exigencias y sus actos, de cualquier género que fuesen.

Así es que respondió al anciano:

—Podrá ser que la Junta quiera oponerse, aunque no lo creo, pues la marcha del infante á Bayona es cosa decidida.

El anciano Gil preguntó con indignacion:

—¿Que es cosa decidida?

—Sí, tan decidida, que dentro de veinticuatro horas vá á emprender sin más dilacion su viaje.

—¿Quién lo ha dispuesto, gran duque? La Junta no ha recibido instrucciones acerca de una cosa tan grave...

—¿Y qué importa?—le interrumpió Murat con petulancia.—Yo os daré y haré conocer esas instrucciones....

Gil se quedó mirando estupefacto al duque de Berg.

Este añadió:

—Sí, señores; el infante vá á dejar la presidencia de esta Junta y á irse de España.

La indignacion de Gil llegó hasta su último extremo.

—El infante D. Antonio Pascual,—dijo con entereza,—no podrá irse, pues que está encargado por S. M. el rey de presidirnos, y nadie podrá sustituirle en sus funciones, á no ser que el mismo rey designe otra persona.

Murat repuso con una flema que dejó aterrados á aquellos de los circunstantes en quienes el virus francés, digámoslo así, no se habia inoculado aun:

—Es que yo, desde que el infante se aleje, intervendré y presidiré los actos de esta Junta: las circunstancias, y más que todo, los graves sucesos que hoy han ocurrido, lo requieren así: el infante, pues, saldrá sin dilacion (1).

---

(1) Con efecto, poco tiempo despues, y á pesar de la protexa que hizo



Estas descaradas palabras, que resonaron allí como el estrépito de un trueno, produjeron una acalorada contienda.

Gil y Lemus protestaron contra tamaña arbitrariedad.

Varios compañeros suyos le apoyaron.

Pero otros, demasiado temerosos, ó sobradamente ruines, se pusieron de parte del duque de Berg.

El debate fué terrible.

Resultado de esto fué, que el duque de Berg salió poco despues de allí más irritado y colérico que habia entrado.

Al volver á montar á caballo para dirigirse á su palacio, una señora le salió al encuentro.

—¡Gran duque!—dijo casi sin voz.

—¿Qué me quereis?—preguntó Murat impaciente.

—El perdon que V. A. ha concedido á mi padre es ineficáz.

—Pues ¿cómo? señora,—volvió á preguntar Murat, distinguiendo al fin la persona que le hablaba, y en la cual no habia reparado.

—Porque mi padre renuncia el perdon.

Estas palabras dejaron sorprendido al general.

—¡Es posible!—exclamó.

—¡Y tanto, Monseñor! el mismo general Belliard lo ha visto, y puede confirmarlo á V. A.

Murat se quedó pensativo.

Con un pié en el estribo de su caballo, y rodeado casi enteramente de sus ayudantes y numerosos soldados, preguntó á su interlocutora con vaguedad, preocupado como estaba por sucesos para él de más interés:

—¿Y qué quereis que yo haga, señora?

---

el digno Gil de Lemus, el principe Murat se introdujo por la fuerza en los actos de la Junta de Gobierno.

—Mi padre acepta el perdón con ciertas condiciones...

—¡Con ciertas condiciones! ¿Qué quereis decir?

—Que acepta el perdón, con tal de que se conceda también á los demás prisioneros.

Murat se quedó mirando con asombro á aquella mujer, que, en nombre de su padre, venia á decirle que aceptaba un beneficio condicionalmente.

Por un momento no supo él mismo qué decir.

Pero consultando sin duda alguna á su conciencia, encontró de tal modo absurda la pretension de su interlocutora, que prorumpió en una terrible carcajada.

—¿Conque no quiere aceptar la vida?—preguntó.

La pobre mujer no atinaba á responderle.

A Murat le urgia el tiempo.

La presencia de aquella mujer, con su perplejidad y en ocasion para él tan importante, se le hizo insoportable.

—Y bien,—dijo,—¿qué quereis que yo haga?

—¡Monseñor!—exclamó ella,—es mi padre.

—¿Pero tengo yo la culpa de que se obstine en morir?

—¡Sed clemente, Monseñor!

—No puedo hacer más.

—Ved que el pobre anciano vá á morir.

—¡Tanto peor para él!

—¡Gran duque!

—Adios, señora: no puedo perder más tiempo inútilmente; ¡lo que me pedís es imposible!

Y Murat, sin atender á las últimas súplicas de su interlocutora, saltó sobre su caballo.

Pocos segundos despues corria velozmente rodeado de sus ayudantes y seguido de su escolta.

La infeliz mujer sintió circular por sus venas el frio de la muerte.

Sin embargo, con ese terrible valor que dan los instintos aun más supremos del peligro, hizo un esfuerzo sobre sí misma, y se dirigió á uno de los depósitos, en donde muchos honrados madrileños, como se ha dicho ya, esperaban llegase por momentos la hora del suplicio.

Nuestros lectores habrán reconocido en la interlocutora de Murat á Eugenia, la hija de Montenegro.

## CAPITULO XLVII.

### Noche de horrores.

Cuando Eugenia, despues de haber sido rechazada por su anciano padre, se desmayó bajo el peso de su maldicion, Belliard y algunos soldados la sacaron de allí para socorrerla.

Poco despues, al volver en sí, exclamaba la desgraciada:

—¡Dios mío! todo está perdido, y su sangre vá á caer sobre mi cabeza, como su maldicion!

Belliard quiso tranquilizarla.

Pero dominado con la escena que acababa de presenciar, y comprendiendo por la entereza del altivo español, que su determinacion era inquebrantable, él mismo no daba crédito á sus palabras de esperanza.

La situacion de aquella criminal, cuanto ahora desventurada mujer, era dolorosa.

Cuando precisamente acababa de columbrar una luz

esplendorosa que la apartaba, que borraba de su espíritu las tinieblas de su pasado, con el reciente amor de la hija abandonada, encontró un terrible obstáculo á su felicidad.

Su padre iba á morir, y á morir despues de haberla maldecido cruelmente.

Para ella, la conducta de su padre equivalía á un suicidio; pero conocia demasiado su fuerza de voluntad, para no temer que llevaría á cabo su resolucion.

Recordando la madre de María que tambien ella había tenido decision y entereza para saber dominarse, procuró volver en sí.

Hizo un esfuerzo, y al fin se sobrepuso algun tanto á la situacion que arrostraba.

Llevaba desde aquel momento la conviccion de que no tenia derecho á echarse de hinojos ante el autor de sus dias, para pedirle que conservase su propia vida; pero tambien se hizo cargo de que con la cooperacion de Belliard, su antiguo amigo, al cual tenia á su lado, algo se podria conseguir aun en el instante más crítico.

La madre de María encomendó á la perseverancia y al favor de los mismos franceses la salvacion del anciano.

Así es que dijo á Belliard:

—Amigo mio, aun queda un recurso.

—Hable Vd.,—respondió Belliard,—y haremos todo lo que sea preciso hacer; tengo interés por salvar á ese viejo tenaz, que ni aun ha sabido respetaros.

Eugenia sonrióse con amargura, y añadió:

—Volveremos á ver á S. A. el gran duque.

—Ahora mismo; pero, ¿qué intentais?

—Rogadle acceda á lo que mi padre exige.

—¿A qué, á perdonar, á conceder la libertad de todos los prisioneros?

—Sí.

Belliard hizo un gesto de duda.

—¡Es difícil!—dijo.

—Pues qué,—preguntó Eugenia,—¿habría olvidado el duque de Berg, que el difunto baron del Pino y yo hemos prestado grandes servicios, que ahora lamento, á la causa del Emperador de los franceses?

—No los ha olvidado, y prueba de esto es la orden de libertad que dió á favor de vuestro padre.

—Pero es preciso que me sirva en esta ocasion suprema, aun haciendo un sacrificio...

—En fin, amiga mia,—concluyó Belliard,—iremos á ver de nuevo al gran duque, intentaremos todos los medios para conseguir vuestro deseo.

Efectivamente, Belliard y Eugenia se dirigieron al palacio de Murat.

Pero en aquel momento el cuñado de Napoleon se ocupaba del infante D. Antonio Pascual.

Ya hemos demostrado en el anterior capitulo á qué objeto se dirigian sus intentos respecto del presidente de la Junta de Gobierno.

Eugenia no pudo ser recibida.

Belliard, sin embargo, la habia dicho:

—Id, y descansad en mí; conservar la orden, y yo me encargo de gestionar cerca del gran duque, para salvar por la fuerza á vuestro rebelde padre.

—¡Oh! ¡gracias, amigo mio, gracias!—exclamó Eugenia.

—Sois mi amiga, y os sirvo; volved al anochecer.

—¡Pero será demasiado tarde!...